

Jeremías Marquines

Las formas de ser gris adentro



Premio José Carlos Becerra 2000

ic


editorial
praxis

Jeremías Marquines

Las formas de ser gris adentro

Premio José Carlos Becerra 2000



Jeremías Marquines

Las formas de ser gris adentro

ic



Portada
LAURA QUINTANILLA

DR © JEREMÍAS MARQUINES
DR © EDITORIAL PRAXIS
DR © INSTITUTO DE CULTURA DE TABASCO
primera edición, 2001

ISBN 970-682-086-8

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, archivada o transmitida, mediante cualquier sistema —electrónico, mecánico, de fotorreproducción, de almacenamiento en memoria o cualquier otro—, bajo las sanciones establecidas en las leyes, sin el permiso expreso del titular del *copyright*. Las características tipográficas, de composición, diseño, formato, corrección, son propiedad del editor.

EDITORIAL PRAXIS, Vértiz 185-000, Col. Doctores, Del. Cuauhtémoc,
06720, México, D. F., Tels. (5) 578 86 89 y (5) 761 94 13,
telefax (5) 578 86 89, e-mail: edpraxis@terra.com.mx

INSTITUTO DE CULTURA DE TABASCO, Andrés Sánchez Magallanes 1124, Col.
Centro, 86000, Villahermosa, Tabasco

*¿Quién no admirará a este camaleón?
o ¿a qué cosa más digna de admirar?
No sin razón dijo Asclepio ateniense
que el hombre, en razón de su naturaleza
mudadiza y transformadora de sí misma,
era representado en los relatos místicos
por Proteo. De ahí aquellas metamorfosis
de hebreos y pitagóricos.*

Oración sobre la dignidad del hombre
PICO DE LA MIRANDOLA

*Estoy tan triste...
¡Tanta belleza y phatos de
antiguas cosas que están
acabando, sin que surjan
otras nuevas...! El invierno
se extiende ante nosotros, y
ahí se pierde toda visión y se
apaga todo recuerdo.*

Carta a Lady Cynthia Asquith
Noviembre, 1915
D.H. LAWRENCE

*No teníamos tristeza, sólo tengo memoria
de que el cielo estaba gris...*¹

Ya mucho se dijo de la tristeza, que el amor es una espesa humedad de madera en la estación lluviosa, *la oscura membrana* en el ojo de los ahogados incitando al naufragio. Un olor de insectos que extrañamente revelan nuestros huesos donde copulan en secreto animales prohibidos.

Pasan los trenes, pero queda el mundo que sueña sus frutas de invierno; su horizonte arqueado como un camaleón dormido en la osamenta de la niebla; sus propios reflejos limitados por el vértigo de las palmeras; sus alimañas inscritas en los muros del poniente donde se pudren intactos los perros que duermen en la virginidad renovada de mujeres maduras.

Cuando pasan los trenes sólo queda un como animal hambriento en los pechos vacíos, el silencio acuático de la tarde que desentierra sus pájaros irreales como un niño enfermo, una mano que arde en perfecta calma en el litoral de un bosque demolido por esas criaturas que van desfigurando lo que te hace vivir.

Cuando pasan los trenes, lo empiezas a saber.

Se quedó mirando, pero una vez más pensó que no tenía sentido una nueva partida, y dijo que el fin de la historia era un gemido sin esperanza redentora, un fin sin ningún fin.

Lo empezábamos a saber: alguien llenaba con trenes diminutos milenios enteros de laberinto, las cosas del mundo y sus pájaros nos daban la espalda, mientras yo era todas esas cosas que nadie sabe qué hacer al cerrar la puerta.

Por eso se nos llamó sombríos: una raza de bestias melancólicas cuyas enferma fatalidad envía rumores sobre las fuerzas de Gog y Magog amotinadas tras esa ventana en la que van a desaparecer estas palabras; esa luz amarilla que lejanamente se enlaza a las luces del anochecer con un deseo con ganas de ser tal vez un recuerdo que se impone insatisfecho a la lejanía donde el océano intenta un ademán desesperado.

Era este mundo y sus pájaros impúberes, esta oscuridad que semeja una gallina roja de la tierra; el derrumbe que envía sus recados por medio de este instante que ahora llenaremos de tristezas.

—¿De veras hay un tren?
—Allá —señaló un lugar en la oscuridad.
—¿Quiere que le haga un plano para llegar?
—No. Ya es hora de que empiece a orientarme solo².

Pasan los trenes y, a pesar de la vigilancia, el infortunio llega. Por eso la piel se nos quiebra a la manera de un libro antiguo donde las abejas libran una guerra sorda, indeterminada, y por eso pican y los perros muerden.

Aun así, nosotros que tenemos por sabido la densidad del alma, la cantidad exacta de nostalgia que soporta la tarde, el peso específico de la tristeza en el corazón del hombre y el aroma majestuoso de la violencia en unos senos desnudos, presentimos de la eternidad su roto hocico donde nos podríamos como gigantesca medusa que las cosas del mundo siguen secretamente obedeciendo.

Caminé toda la noche y, cuando por fin empezó a clarear, distinguí los contornos de un tren muy largo que asomaba en un desvío del ramal. La señal de partida estaba baja y el semáforo en verde, pero no vi a nadie en la locomotora y los vagones tenían las cortinas bajas³.

Era como en los primeros días y también allí se bifurcaba el camino.

Cerré los ojos y pensé en la drástica medida de los Aqueos de antaño: escapar de la urbe, por mar, rumbo a las Islas Afortunadas, pero también allí aparecía la visión del pájaro desmembrado como una herradura sonora contra *el viento insolente*.

Podía seguir en la ruta y distraerme pensando en alguna reliquia última de la Edad de Oro; podía hasta orientarme por las vías rotas del ferrocarril, pero ya de este lado algunas cosas estaban cayendo y pensé que mejor sería esperar el desabasto solo.

*Miró el camino y el viento en las calles
tan solas como ahora; el viento
arrastrando hojas de árboles que eran
como aullidos de perros. Una cuadra más
allá, el sol era una infantería perdida.*

—No sé, dicen que el olvido engendra trenes sordomudos y que por eso el amor anda un poco desorientado por estos caminos que parecen dormirse mirando el nacimiento de las cosas.

Si al menos todos los sueños no durmieran en el mismo lecho, donde la oscuridad es un triste objeto devorado por su nombre.

—Es lo que dicen, pero en toda memoria puede haber vidrios rotos.

—Bebedero de pájaros que arden en su propio herrumbre
—le dije.

Pero el punto rojo de la linterna siguió corriendo y saltando entre los rieles, imprudentemente, al encuentro del tren. Al fondo del paisaje, la locomotora se acercaba como un ruidoso advenimiento⁴.

Asclepius dudó un momento, al verme levantó un farol cuadrado de los que usan los señaleros del ferrocarril y pensé: “tristísima estrella alumbra el abismo de la noche”.

—Entonces dijo: he aquí las tres cosas torcidas en el corazón de Dios: la cola de la iguana, el bejuco vivo y los intestinos del cerdo.

—Junto a mí también están los camaleones de pellejo arrugado, la sangre de la orina de mi hijo y su cabeza y su vientre y su muslo y sus manos y las cosas que taladran la noche—le dije.

—No—dijo—. Y miró caer infinitas veces la corteza de una noche engomada pidiendo hojas eternas en medio del recuerdo.

Lo mismo lloraba porque los dioses de cabeza puntiaguda y traseros pelados no decían lo que amaban, ni llovía agua y por eso vino a golpearse los árboles, el tristísimo tiempo en que sean recogidas las mariposas y los que aman sientan que están llegando a alguna parte donde quizá las calles ciñan sus sienes de párpados verdes, sus teas lúcidas, sus picos siniestros que mutilan olas y astros y los peces alimenten del amor sus frondas negras.

Y pensé que tal vez el ocaso gruñe como un oso ciego al que han herido las cenizas y que por eso Dios tiene retorcido el corazón y

chamuscado el rostro y su vientre y su muslo y su mano que cuelga como un bejuco vivo al que le han tumbado algunos dedos, y por eso ya muy pocas cosas inventan las palabras que sólo inercia languidez ya que se han vuelto si se escriben.

—Da lo mismo —dijo—. Si todo ya está a punto de partir y no se mueve el tiempo.

A largo del camino estaban los restos de un vagón y algunos autos aplastados. Hacía mucho tiempo que los habían arrojado ahí. Arriba, parecía que todo el cielo también se estaba cayendo y nada de lo que allí había tenía ya utilidad⁶.

De los trenes sólo fue un presentimiento. Las calles eran una infancia desierta y caían vidrios como vacas ciegas.

Me imaginé que posiblemente nosotros también estábamos rotos y que algún día, desde el asiento de atrás de un automóvil, podría mirar las estrellas y entonces todo volvería a ser como fue: sin grietas de tormentas en el sauce, con el dibujo de una chica bajo la lluvia.

- En realidad me estaba desanimando un poco. Unos pájaros desarmaban una cúpula de vidrio de un edificio de veinte pisos.
- Se lo dije y me contestó que era una imagen muy gastada, que al cambio de estación la revisaría.
- Hay menos incertidumbre, es verdad—le dije—, pero igual no vamos a llegar muy lejos.

Me alejé unos metros por las vías y sentí que el mundo se me iba para siempre.
De arriba caían vidrios como vacas ciegas.

En realidad pensó que el mundo estaba gobernado por lo tardío. Una luz roja se aplastaba sobre las cabezas como una intermitente utopía negativa.

—Carajo, todo aquí es un error —me dijo.

Sobre una mesa había quedado un pedazo de la tarde, la osamenta de un caballo estaba suspendida a la altura de nuestras cabezas. Un soplo hubiera derrumbado todo y tampoco el piso parecía muy sólido.

Desde aquí mirábamos las luces de una estación amarillenta que moría tres cuadras más allá, frente al escudo de la República, por donde asomaban los ojos de una bicicleta oxidada.

Parecía que todo hubiera salido corriendo porque hasta los árboles tenían forma de estampida, los pájaros volaban haciendo rechinidos espantosos como si estuvieran a punto de descalabrarse, a manera de un burdo batallón de nubes.

—Cuidado —le dije— puede haber vidrios rotos.

—Camaleones hay —me respondió.

Pero las señales en rojo se caían.

*Descendió del vagón y atravesó la calle
abrasada por el metálico sol de agosto y
penetró en la fresca penumbra de un casa
frente de la estación donde sonaba el disco
gastado de un gramófono⁶.*

En cualquier parte una vereda irreconocible lleva a una foto vieja —eso dijo—. Pero la calle era una toalla mojada, tan filosa que parecía un bisturí.

Me miré decepcionado, pero Asclepius me agradeció la comparación justo cuando la sombra de un gato caía en la telaraña del candil y agosto llegaba con la gorra calada hasta las orejas.

—Entonces le advertí que no podíamos usar el esplendor algo marchito de la palabra noche, aunque el amor insistiera confundirse en la penumbra con un cigarrillo encendido.

Tal vez porque la ciudad era atravesada por un lince altísimo y destemplado que arañaba los días o porque alguien se quejaba de esos fantasmas que llenan los patios con ceniza y una que otra esquirra de alarido; tal vez porque unos labios pintados como el cielo vagaban por diminutos callejones anunciando el deseo de un rencor cada vez más muerto.

Tal vez sólo fue el viento que vino a beber en la palma de tu mano los restos de unos amantes despidiéndose en su propia condición de extraños.

El piano se hizo más negro y la tapa abierta le daba el aspecto de un pajarraco abatido por la tormenta. Los músicos eran doce o quince y se despedían sin rencor de algo que habían querido mucho y por demasiado tiempo⁸.

Alguna vez existió un tranvía varado para siempre en un parque público. En sus vagones había una fiesta donde sonaba la música tardía de Beethoven ejecutada por una cofradía de pájaros siniestros. Una muchacha flaca de senos enormes bailaba con *la suavidad de anguilas eléctricas* en medio de un grupo de mariquitas que leían la *Biblia*; hasta que un día el tranvía se puso en marcha.

Yo no sé dónde se detuvo, porque los puntos cardinales murieron en guerra, enamorados de una mujer cuya sexualidad cambiante semejaba una llovizna dormida en un Gólgota interminable.

Hasta allí, la tarde llegaba rechinando sus aparatos ortopédicos venida de quién sabe qué tiempos secretos, despertando ecos de carcoma en los senos enormes de la muchacha que dudaban engaravitados en rígidas posturas, mientras los mariquitas revivían su rostro con polvos de Primavera eterna y Rosicler de aurora.

Les cuento esto, Padres serenísimos, porque sabido es que la olvidanza sólo sirve para recordar detalles de la desmemoria que casi siempre sirven para improvisar tristuras tristes.

Digámoslo de nuevo:

Trajinar la balandra del alma una vez puesta en marcha
la dormida llovizna del tranvía, en la más desmayante
transparencia de lo no volvido.

*Tú que vas allá arriba... dime si no oyes
alguna señal de algo o si ves alguna luz en
alguna parte...⁹*

Ya no estaba allí para impedir que sus demonios empezaran a pulular por las estaciones; una parecida sensación de desencanto le había dejado en cueros vivos, como jamás se había visto hasta entonces la tristeza.

Recordé esas paredes tibias donde a veces un pájaro se zarandea con un pedazo de la tarde colgándole del pico, *las ventanas abiertas al cielo dejando asomar las varas correosas de la hierba*, los caminos como una herida abierta donde debíamos mirarnos, seguramente con cara de disimulo.

*A lo lejos, donde comenzaba a borrarse el
asfalto, distinguí las siluetas y el piano que
parecía un gigantesco ataúd velado por una
cofradía demente. Pensé que si Dios existe,
estaba allí, mezclado con los músicos, dictando
el último salmo o abriendo el juicio final¹⁰.*

Cuando regresamos, las calles eran camaleones en celo que dejaban su marca inmóvil en la niebla; las casas gritaron palomas para despistarnos, pero ya estábamos donde otros pájaros subían a los trenes un cráneo cansado de alarido.

Alguien intentó de las sombras un poco de tinieblas, pero eran hojas de una oscuridad tan desvelada, tan muy sin entusiasmo, que los peces echaron raíces migratorias.

Estábamos así que dije:

Quiero decir, cuántos árboles soporta la tristeza.

Digamos, por ejemplo, laberinto para ir perlificando
las nostalgias.

Póngase en candil la luna, guardémonos nosotros de
nombrar el alma; quitémosles algunas cicatrices, que ya
anda en la sospecha de la herida.

—Volvamos entonces al despiste de palomas,
a las calles donde la tarde calafatea sus perros muertos;
parques que intentan borrarlos mientras pasan lista al extravío.
Ventanas que extienden inútiles pesquisas más allá del alma,
donde dicen
a veces se despinta un árbol.

*La tierra en ruinas estaba frente a él,
vacía. Sus ojos apenas se movían; saltaba
de un recuerdo a otro, desdibujando el
presente¹¹.*

Se quedó mirando las causas de ser gris que moja árboles adentro.
Antes de tocar el suelo temblaba el eco desrompido
donde la lengua aceda del camaleón ronroneaba asteriscos de
niebla.

Sueña hasta el día en que seas soñado y los pájaros
se escurran por tu cara como hojas de plátano,
semejante a la mordida de la lluvia y los dioses no
encuentren el camino que los lleve a casa —me dijo.

Entonces pensé en los trenes que llenan laberintos mínimos
con intrincadas caligrafías que revelan las veces en que un
pájaro empaña de hojas *el color de la blancura*. Un ejército que
cruza apacible la sombra de los dos ojos como una lluvia pequeña,
demasiado extraña para mojarlo todo.

Y también pensé en ti que venías de algún lugar distante,
donde alguna vez existió una calle en la que caían pájaros
muertos y un gramófono tocaba un jazz interminable y el
viento arrastraba su valija enorme entre las cosas que dolían.

Tal vez porque los camaleones estropearon los
instrumentos de la niebla o porque arriba no quedan
muchas cosas para ubicarnos —me dijo.

—Tal vez —dije sin convicción— haciéndome de un hueco
en la oscurana.

Comprendió que no había ocurrido absolutamente nada, el espíritu se desvaneció, dejando atrás, en el mundo, un frenesí de masas y una furia sin ningún espíritu¹².

El metafísico Asclepius no debería parecer tan triste. ¿De dónde vienen todas esas lágrimas?

—Al parecer el estado del tiempo lo tiene así. Alguien muy temprano le dijo que las chitapías, esas pajaritas amarillas de cabezas negras, llegarían al iniciar el milenio y, ahora que están aquí, Asclepius no para de llorar.

Antes se entusiasmaba con la idea de correr tras ellas hasta la perdición, su esperanza se alimentaba con el pensamiento del desastre, hacía conjeturas apocalípticas de cara a la melancolía, su optimismo del desastre aseveraba que algo tenía que pasar; ponía como ejemplo la visión que tuvo su abuela cuando inició este siglo: vio en el río Frontera cómo la gran bestia—que según dicen, el arcángel Miguel tiene encadenada en el fondo del mar—emergía por la zona de Tres Brazos con una cornamenta de raíces de mangle y troncos de macuilíes. Después de eso—nos dice—, vinieron las revoluciones.

Pero Asclepius no para de llorar; afuera las chitapías dan brinquitos en el jardín, alguien más observa al otro lado de la calle; no se cayeron las ruinas, los cartelones siguen ahí, el sur y el norte, el este y el oeste, el azul y el verde, la mujer y el hombre y el beso hiriente, todos juntos, con un tipo especial de complacencia se siguen odiando.

Lo vio entrar en la estación envuelto en una densa humareda, y oyó la granizada de cisco contra las láminas de zinc oxidado¹³.

Ayer vino Asclepius, se cubría las llagas con la piel de los animales de Zaratustra y en su pecho resplandecía irreverente la cicatriz del gusano del alba. El hundimiento que seguía sus pasos con solemnidad africana dijo: *La tierra se ha vuelto pequeña, y sobre ella se mueve a saltitos el último hombre, que todo lo empequeñece.*

Para entonces, nosotros esperábamos el cambio bajo la luz de los semáforos, pues los signos de la nueva edad nos confundían.

Maldije los elementos. Y una tempestad horrible se formó en el cielo. Allí donde apenas momentos antes corría un soplo de brisa... Y el búho púsose a los pies del demonio y le miró a la cara fijamente¹⁴.

Ahora lo sabemos—dijo Asclepius—, el fin es seguro, pero la fecha debe estar equivocada. Entonces los cuatro animales de Daniel doblaron la cerviz y mostraron sus apetencias lúbricas, sus almas que eran emplumadas cayeron dolidas por los afilados salientes de la ira y nuestros cuerpos formaron parte en los ritos sagrados, en el holocausto milenario de los elegidos por la melancolía.

—Preguntaba, Padres respetabilísimos, ¿a qué animal corresponde la tristeza y el pulso desigual del odio, en cuyo pecho reposan frialdades animadas?

Por eso nuestra piel lucía una tachadura enrojecida, una inscripción hecha indescifrable con el ala de un ave boreal que acusa la existencia. Por eso también interrogábamos la mierda fosforescente de los insectos; el anochecer de las lámparas nos sorprendía arrancándole las uñas a los muertos para conjurar el odio, que a manera de advertencia entrecerraba sus párpados como una flor lasciva y venenosa que nace del huevo de una nube redonda.

Por eso no creímos en la ternura de los animales y nuestras manos sospecharon de las caricias que mostraban sus fauces monstruosas.

Por eso, fuímonos quedando con las rompidas banderas de la ira.

Parecían espectros que de vez en cuando tendían el brazo para dar vuelta a una página de la partitura. El viento les inflaba las camisas y las polleras y a veces les arrancaba las hojas de los atriles¹⁵.

Todos los músicos se han hundido bajo la colina. Colguemos nuestras cabezas en los tendones reblandecidos de la madrugada, celebremos el tufo carnívoro de la trisnostalgia, el apesumblamiento de los camaleones como la vagina quebradiza de mujeres ancianas donde la ternura se corta los labios y entierra caracolas muertas.

Esta vez el chillido del pájaro en las cercanías de un cielo dormido establece los hábitos de nuestro corazón. El sobresalto de la estación lluviosa, como un enjambre de tábanos, nos precipita a las calles donde la tristeza verifica sus heridas, ajena a los usos del invierno.

—Nosotros subíamos a los trenes como al fin del mundo, mientras la eternidad se agazapaba en sus rincones oscuros como *un perro asustado*.

Entonces los hierros podridos del amanecer venían cayéndose; la ciudad mostraba sus cordones umbilicales, sus vendajes ensangrentados, los hocicos de vidrio donde medita la sangre el último de sus crímenes. Y también venía cayéndose la forma de mirar del alma.

*Y me encontré de pronto solo en aquellas
calles vacías. Las ventanas de las casas
abiertas al cielo, dejando asomar las varas
correosas de la hierba¹⁶.*

Después de nosotros, los que quedamos, nos fuimos acostumblando al luto de los trenes; a los paraderos donde el crimen disimula sus vellos de prostituto virgen, sus caderas de rosal y fósforo; su espuma indócil como un lagarto edénico de limpiísima ternura

Después de nosotros, vino haciéndonos falta la tristeza; la mención de la noche no era sino la huella de una viscosidad salada en nuestra boca que anticipa las palabras, las reverberaciones de todo lo morido.

Los que quedamos, se nos vino haciendo puro susto el alma, la carne propia reblandecida por las señales contradictorias del desafecto y todo puro desnudez el miedo como un pájaro amordazado que no nos atrevemos a tocar, que no nos atrevemos porque el corazón no tiene sinónimos precisos para el dolor.

Nos fuimos acostumbrando al calendario del otoño que reparte navajas a las sectas suicidas y arranca la costra de las cosas muertas, al incumplimiento de las profecías revestidas de carne humana, a los ritos bárbaros del poniente donde los ciegos expían sus culpas ardiendo en las pupilas de la luna.

Pero sólo hablábamos de la tristeza, de cómo los perros rompen sus labios contra los segmentos afilados de la tarde, de cómo nos fuimos quedando atrás de nosotros como *un viejo molino de palomas*.

Y dicen que, desesperados, corrían de un lado para otro; querían subirse sobre las casas y las casas se caían y los arrojaban al suelo, querían subirse sobre los árboles y los árboles los lanzaban a lo lejos; querían entrar en las cavernas y las cavernas se cerraban ante ellos¹⁷.

En el año trece de las postrimerías despertarán los camaleones que los sacerdotes pusieron en las escrituras sagradas y tendrán hambre y comerán la conjuramentación del tiempo, que dicen es amarga porque así saben las hormigas.

Y no habrá quien haga caminar los trenes, ni empujar la noche que muy oculta tiene más que los pájaros.

El alma que hace en la pared bocas de perro, tan encendidas máquinas que no habrá dos palomas que se besen aunque la mano diestra en ceguedaz se aduerma derribando al pino un eco que al vuelo de piedras se rompía.

Y allí irá el amor con su cara de cosa amarga y aguacero, muy haciendo embravecidas fintas que a la hora del beso monstruos aturde.

—Y éste será el tiempo que tiene los dientes salidos y los sesos arrollados en el trasero del perro (porque dicen —Padres serenísimos— los más antiguamente cuando existía el hombre y fue medido el cielo con los pies de un niño chiquito que aún no nace y el día se pegaba como un vestido mojado al vientre de las muchachas y las parejas de los dos ojos veían amarrarse el agua de Dios que sale

de árboles estériles muy contentos, que bajarán hormigas como tigres de esa flor que aspecto de ahogado tiene y de bandera), donde una araña desovilla el más tenue rayo de luna retrasando la ira.

El pájaro de la tiniebla ha clamado toda la noche. Algunos dicen que la tierra tenía fiebre y temblaba¹⁸.

Al principio fue así —dijo Asclepius—, los camaleones enroscaron sus colas y engendraron el caos, luego subieron a los rascacielos más altos y dispararon sus lenguas prensiles contra las escamas del cielo donde cabecía una nube, y lo que no es se nos vino haciendo en las palabras.

—No sé si fue el vacío, pero algo vínose arrastrando todo. Desarrapado el color, las señales del alma se volvieron grises; entonces ya todos así desataviados, en el escombral de las cosas y poco avezados para el desencanto, los huecos del corazón se achiquitaron y sin distinguir tristezas, semejante a un loco que huye de sus dioses, nos vimos lanzados al fondo del abismo donde la luz roja no ha cambiado.

—¿Ha visto usted alguno allá arriba?

—No, no le he visto.

—Entonces, ¿cómo lo sabe usted?

—Iba huyendo de su sombra cuando nos hemos encontrado.

—¿De su sombra?

—Sí, de su sombra, en el cuarto que tiene luz

—respondió en tono despectivo¹⁹.

Los camaleones —dice Asclepius— son formas de una creación proscrita.

Tienen artes y oficios, labran la tierra y cavan tumbas incompletas. Iluminan su pesimismo con el testimonio del ojo que teme ver cuando está hecho y es por eso que se ponen blancos cuando la lluvia estropea los instrumentos de la niebla.

Los camaleones vienen del Este de Raeel, de la ciudad que Damac de Jeromow llamó Delarbo la Gris; sus palacios son bajos, sus poemas blandos y su comida insípida como el vaho del miedo en el corazón del hombre y es por eso que el color lo toman de lo que no es.

Pero volviendo yo a las agencias humanas, al *contemplativorum* de la nueva ave que pone huevos para un triste final, me fui acordando que los camaleones transforman a los hombres malvados en plantas o, si se quiere, en brutos por sólo tener cuerpo. Pero discerniéndolo más todo, vi que no es hombre lo que ves, si no vanas fantasmagorías que defecan, mienten y asesinan con el halago quisquilloso de los sentidos.

¿Pero a qué viene todo esto, Padres serenísimos?, si la pregunta era: ¿A qué animal del corazón corresponde la tristeza?

Ciertos aparatos, operados desde la locomotora, hacen creer, por el ruido y los movimientos, que el tren está en marcha. Sin embargo, el tren permanece detenido semanas enteras, mientras los pasajeros ven pasar cautivadores paisajes a través de los cristales²⁰.

Los camaleones se movían a través de partituras inimaginablemente complejas en las que no ocurría absolutamente nada. Un viaje vacío y alegre hacia una totalidad perdida, como cuando el cielo lluvioso parece una bandera rota. Paradójico como el estilo tardío de Beethoven, inmóvil como el preludio de una grisura errónea en la incorregible tarde.

—Por consiguiente: los trenes me obsesionaban; son restos de una síntesis que muestran al exterior los vestigios del ser humano; la polifonía de sus recitales fracturan la luz que a solas brilla como un desafío frustrado.

Diríase que en todo esto hay una sensación de abandono, un impulso nostálgico, algunos fragmentos de implacable tristeza, una extraña manía que se vuelve olvido, mejor dicho: un adiós sin rencor al estilo de la edad tardía.

*No hicimos ademán alguno de extrañeza,
en su espalda brillaba con un bermejor
de fuego el metal llovido; hizo un resoplo
como de catástrofe y avanzó hacia la
ciudad como a un oasis.*

¿Sí? No lo has oído: ¿Qué hora es ahora? —preguntó Asclepius. Cuando los ángeles administran sangre caliente a los camaleones y el espíritu proclama entre rebuznos el triunfo de su brindis, vemos el cadáver muerto de las olas, los vendajes sueltos del amanecer haciendo señales desde una barcaza encallada entre los huesos depravados del pez vela.

El alma, esa bestia adúltera es la mía, que si prefieres pone sus gérmenes de criminal ahorcado en la grasa sudada de tu corazón convertido en yacija de erizos leprosos, que si prefieres, también intenta los trucos de la lluvia.

—He oído galope de caballos como las gotas de ácido en la leche.

—Cantad ahora que nuestras reliquias están rotas y las flechas de madera no pueden defendernos del enemigo que estrangula el farol viajero de la historia.

Y ahora tú, como una virginidad desflorada de banderas, interrogas, inexperto, las vísceras enfermas de tus mitos que se duelen confundidos frente a sus estatuas. Y preguntas de quién es esa voz que te llama dulcemente desde las tumbas, y sonríes como quien no sabe nada, como quien tiene una hora de edad y ya busca palabras para la tristeza.

*En la escena hay casas y aceras, pero todo confuso, como si hubieran amontonado todo eso para dar impresión de una gran ciudad*²¹.

La ciudad de Raeel está construida en la cavidad de un arpa craneana.

Aquí la tarde avanza rechinando sus aparatos ortopédicos que pájaros atmosferocéfalos aceitan con plumas grasientas. Criaturas larvarias distribuyen el tiempo de las estaciones y vigilan el caos que los camaleones administran con ineficacia escandalosa.

En Raeel se cultiva el placer de la infelicidad y nadie niega a otro la satisfacción del crimen. El odio es una de las ciencias que requieren apoyos mutuos. El amor es sólo para quienes no conocen arte alguno. Sus habitantes tienen en común el fastidio de un juego demasiado circunscrito que redondea perfectamente sus vidas. Un ave constituye el ensayo de *una sonata ejecutada por una cofradía siniestra* donde se siente el gesto irreconocible de un humanismo tardío.

Desde luego, los trenes también engendran su propia tristeza, son, esencialmente, una parodia de la noche que los gatos injurian con chillidos de caprichosa indecencia.

Así la ciudad, como un imponente galeón con todos sus aparejos, intacta la arboladura y los gallardetes al viento, parece flotar en las profundidades silenciosas del océano (...). Es un inmenso cementerio, lo fue desde hace muchos

años, pero en las grandes columnas, que en las zonas tropicales duran semanas enteras, la ciudad fascina la vista con una revelación de fata morgana, como si la vida humana subsistiera todavía en asilos submarinos sagrados para las tormentas que agitan nuestro aire superior³⁰.

Ya entrada la noche, vio llegar el último vagón con un hombre colgando una lámpara verde; pensó que, con sólo verlo pasar, el tren lo había llevado a otra parte, pero ese tren amarillo y polvoriento no traía ni se llevaba a nadie²³.

Cuando atravesábamos la ciudad, alguien tuvo la idea de escribir su nombre en los cristales; una viejita con rostro de Hécate se amputó un dedo y escribió: *Nuestro problema son los sentimientos*. Entonces un señor que viajaba cerca de nosotros y leía una revista antigua dijo: *Digno de admiración, ¡Oh, Asclepius!, y gran milagro es el hombre*.

Los trenes que en ese momento copulaban con la eternidad se quedaron vacíos, algo escupieron los gorriones muertos, pero cuando la intermitente marcaba hacia la izquierda, ya estábamos por el rumbo donde las Empusas convierten a los hombres en talismanes; dicen que pueden transformarse en doncellas prístinas, perras sensualizadas o vacas de vagina cenegosa.

—Algo de esto tengo leído, Padres honorabilísimos, en los escritos sarracenos. Pero volviendo yo a esta parte de la ciudad y buscando sus aproximaciones en los patios breves y sus plazas de orbes inferiores, me desacostumbré tanto de mí, que aún no sé en qué estación me bajo.

El mago les hace creer que viajan por hermosas regiones, por playas inmensas y doradas, por campos de esplendor hasta la Ciudad Mágica, aquella que no tiene nombre en las lenguas de los hombres, aquella donde todos los placeres se ofrecen y la pesadumbre no tiene lugar²².

Mientras comíamos pezones de mujeres ancianas llegó Asclepius, el metafísico. Dice que al Septentrión de la ciudad, pasando el obelisco de Raeel y los prostíbulos góticos, están los muelles donde se comercian las hojas de Thadmara y la especie cristalina de los pueblos del norte. Dice que él ha estado allá donde atracan navíos cargados de hierbas con nombres de animales salvajes y frutas aromosas como el sexo de mujeres negras.

—Quiero ir —le digo.

Él entonces revisa el código de los ordenadores y dice: *aún no es tiempo*.

—¿Cuándo, entonces? —pregunta la voz.

—¿Quiénes somos? —le responde, con la certeza de que antes ahí existía una colina.

Se detuvo con una vaga sensación de inquietud; delante de él, a pocos metros, el mundo se veía tan sólo como una agitada claridad de matices turbios, una franja o un abismo de luz en el que no se atrevía a aventurarse²⁵.

En las calles hemos visto mucha tristeza muerta, a la divinidad arreglando las zonas excretoras y fétidas de la sabiduría y vimos también un sentimiento parecido al corazón del hombre.

—Sabed, Padres, que aquí se sienten más cerca las leyes arcanas del Altísimo, pues los mismos ángeles y los beatísimos coros celestiales nos leen los oráculos del clima y los animales zodiacales de Raeel transfieren su poder al sexo.

Muy grande es todo, ciertamente, pero nosotros que no tenemos ni un puesto fijo, ni una faz propia, ni celeste, ni terrestre la hechura, ni un arco hermoso para cazar linceas gastroquiros o yeguas del mar, palidecemos frente al cuadrángulo de luz que nos repite:

*¡Yo os saludo viandantes osados,
mientras más dure el camino
sin bromas ni entusiasmo,
irremediabilmente mediocres
sin genio y sin ingenio!,
más contentos estaréis.*

Así lo dijeron: La luna tendrá círculos blancos de lluvia. Se empaparán los cielos de lluvias; resonarán los cielos de aguaceros; las lluvias asaetearán los cielos, las lluvias celestiales, celestiales lluvias de algodón, lluvias de los gallos, lluvias de los venados. Algunos dicen que tenían miedo²⁴.

En la espera de los días pasados las mujeres comienzan a desesperar y cuelgan en sus cabellos los ojos de niños enloquecidos. Han tallado en los árboles de *ñape* la imagen de la desesperanza: un anciano de cuyo pene cuelga la lengua bífida de un perro de agua.

Ellas exigen las tablas de Rael y hemos combatido; ellas, sin temor, pues creen en la inmortalidad; sus labios beben la sangre de nuestros deseos mutilados por una virginidad confundida con la luna.

—Por esta causa ¡oh, Padres serenísimos!, los hombres enfermaron de melancolía, el cuero de su rostro se fue achiquitando como un insecto muerto, los días sucedieron todos de pronto y nos ganó el tronar confundioso de las cosas pequeñas, la simultaneidad arrojó monstruos y dioses de otro tiempo.

Vemos hacia atrás porque los ojos están al fondo del estanque y no encontraron nada. En la niebla del mediodía compartimos la oscuridad del que viaja junto a nosotros por catacumbas, el miedo que tiene nombres bárbaros tatuados en su frente nos anuncia en la mirada de otro.

Ahí estaban los carteles que debían anunciar una función de teatro, el haz de chispas que los caballos arrancaban a los adoquines, voces vacilantes venidas no se sabe de dónde, el vaho ante la boca de los transeúntes, todo eran signos de desorientación y de extrañeza²⁶.

Vi las manos sobre las cabezas rapadas en vísperas de la nueva edad.

Miradnos aquí, con la piel magníficamente oscurecida por la lujuria, nuestro aspecto como el de una raza olvidada de las tierras recién descubiertas al este y al oeste, donde viven los comedores de signos.

(El cuarto versículo del libro de *Raeel* se ha escuchado: la armonía de todo conocimiento se está conjuntando en todas las razas para su fin.)

Tendemos redes para intercambiar la imagen convulsa de nuestro aburrimiento, mientras comemos enfurecidas larvas que nos devuelvan las palabras febriles hurtadas por traficantes grises con las que equipan galeras y pagan ejércitos mercenarios.

Somos viajeros de una realidad con las manos ávidas de vacío. Pero también un asesinato no resuelto.

Me abismé en las simas remotas de la marisma, y anduve a través del bosque susurrante de nenúfares. Llamé a los hipopótamos que vivían en aquellas profundidades, y las bestias escucharon mi llamada, viniendo hasta la roca, rugiendo, sonora y espantosamente. Todo bajo la luna²⁷.

Esa noche los centros de culto arderán incendiados por antorchas fabricadas con el bozo de vaginas púberes, las calles escupirán sus crímenes más ocultos y en las paredes escribiremos con el tizne de lenguas carbonizadas la épica de nuestros huesos.

En las vísceras de las constelaciones brilla el ojo magnético de Polifemo; los magos han visto en él la edad incumplida de nuestros deseos; hacen cálculos y los días son una llovizna turbia que acerca nuestra meta definiendo cada vez más las escamas de un rostro oscuro.

Los jefes de ciudades cercanas han ordenado levantar altares y preparan el holocausto para el nuevo tiempo; hombres de guerra abrillantan las púas de sus armaduras y pulen las ruedas de sus carros de combate para la festividad, se prenden hogueras, y el incienso de huesos quemados penetra como una dulce serpiente en nuestras cabezas donde crece mansamente la ira.

Volvimos a pasar por las vías rotas del ferrocarril; al fondo, la calle nos recibió con una inmensidad de gris cada vez más luminoso; al final, sólo teníamos la certeza de ser sombras y, además, muy confusas.

He aquí el luto de los ferrocarriles que saludan al final de las vías la sonrisa de los atropellados, las manos que ondean pesados fusiles de insultante chispa donde la pólvora sacia una sed desconocida de alcatraces y un hambre como la del vientre del viento.

He aquí el luto: el ojo melancólico de las aves meciéndose en nuestro corazón a manera de bajeles vencidos. Allá están las manos destrozadas junto a las veletas del agua. Aquí, las cabezas son un aljibe en el que se pudren las vísceras expuestas de la caballería.

—No lejos, en alguna parte,
alguien tiene algunas cosas que decir, pero le asustan
los trenes que van y se quedan esperando el regreso
de la nueva partida.

*—Los fines ya son lo bastante malos para
tratar de aplazarlos —me dijo.*

*—Al final, parece que es de nuestras pro-
pias vidas de las que estamos aguardando y
sintiendo el fin, pero tampoco nos causa nin-
guna angustia —dijo.*

Mientras hablamos, el tiempo teje el caos encima de
nuestras cabezas;
mientras nos apareamos, enloquece el abandono adentro de los
corazones.

Hierve el polvo en nuestro pecho cuando invocamos la lejanía
de una caricia extraviada.

Desconocemos casi mucho de todo lo que sabemos.
El mundo son las imágenes de Dios violando un cerdo;
el mundo es ese rostro descamado atrás del viento.

¿Para qué recordar detalles?, sobrecargan la memoria innecesariamente; el amor sólo existe para luego poder olvidarlo sin más... Yo no le dije nada, seguía pensando que la eternidad es algo artificial, como la música tardía de Beethoven.

Mientras hablamos, algo se quiebra en todas partes: cosas minúsculas, voliciones de insectos que alimentan la ingratitud de la memoria.

Hacen falta palabras para nombrar las cosas que habitan al hondo de los huesos rotos de nuestro corazón y hace falta también un cuerpo, porque sólo tenemos para andar el odio y nuestro sexo, que deambula como una calamidad insomne.

El alma es bitácora roída por animales marinos: se pudre doliente, entre la mierda de gaviotas y cangrejos ermitaños;)el amor(es una caridad de muñones pustulentos.

He dicho amor, pero las palabras mienten, sucede que no conozco otro color más que el de la sangre de mi madre donde experimenté al más amaestrado de mis crímenes.

Una ventana donde todas las infancias tenían la misma monótona forma de caer, una ventana donde el amanecer nos rompe el rostro con un grito suicida.

En el fondo, todo lo que se desea es muy poca cosa, y cuando no sabemos qué desear sólo nos queda lo imposible, lo único que nos consuela de nuestra pequeñez²⁸.

Ahora que enloquecemos como un recuerdo difícil de penetrar: tráeme los caprichos del ojo para que vean la espuma de mis sesos como una yuca cocida en el agujero de la tierra. Tráeme un cesto de tordos en tus piernas para desfigurar el odio que se acurruca abajo. Tráeme el reposo de los indigentes para apedrearlos cuando estén en sus casas. Tráeme un puñado de tierra para envenenarme a espaldas de mi sombra. Tráeme todo lo que no sé del miedo y también tráeme las reliquias sangrantes del poniente y el mono de los dioses cubierto con la falda de mujeres jóvenes para que yo sienta aquí su olor de lejos venido del centro de las nubes. Y tráeme también el desvelo por quemante amor de la hojarasca ahora que, como al principio, la época de la rabia trajo las mitades de cuatro pájaros cardenales a la puerta.

Referencias

- ^{9, 11 y 16} *Pedro Páramo*; el número ¹ es una cita del cuento “No oyes ladrar los perros” de *El Llano en llamas*, de Juan Rulfo.
- ^{2, 3, 5, 8, 10 y 15} *Ya pronto una sombra serás*, de Osvaldo Soriano
- ^{4 y 20} Juan José Arreola, “El guardagujas”
- ^{6, 7, 13 y 23} *Los funerales de mamá grande*, “Un día después del sábado”, de Gabriel García Márquez
- ¹² Elinor Shafer, *El apocalipsis secular*
- ^{14 y 27} El “Silencio”, de Edgar Allan Poe
- ¹⁷ *Popol Vuh*
- ¹⁸ William Shakespeare
- ¹⁹ *Nostromo*, de Joseph Conrad
- ²¹ Juan Carlos Onetti, *Un sueño realizado*
- ²² Alberto Chimal, *Gente del mundo*
- ²⁴ *Chilam Balam de Chumayel*
- ^{25, 26 y 28} *El lugar del aire*, de Carlos Pujol
- ²⁹ Leopoldo Lugones, *Una lluvia de fuego*
- ³⁰ Thomas de Quincey, *Savannah-la-mar*

De las formas del petirrojo

*Y el pájaro silbó, respondiendo
A la música inescuchada oculta en la espesura,
Y el invisible rayo de la mirada cruzó, pues las rosas
Tenían un aspecto de flores contempladas.*

T.S. ELLIOT,
Cuatro cuartetos

*El petirrojo es el cofre de las mutaciones,
el Umbilicus telúrico que vincula
los cuerpos pesados con los cuerpos sutiles,
el yatzer ha-ra que alude al mysterium magnum
de la verdadera piedra que jamás haya caído exiliada del cielo.*

ABD-AL AZÍZ
Tratado sobre las formas del petirrojo

Hay varias formas de contemplar al petirrojo
la primera:
el hombre cuidando de lo que pueda pasarle a su cadáver
la otra:
pensar que el corazón es un cráneo
destrozado por campanas.

Eríthacus rubécula era un pájaro cantor de la familia de los túrdidos. Gustaba de las flores y el apacible ronroneo de los sexos que en horas de ocio exploran boscosos humedales.

De vez en vez, sobre una ramita de palo
lamía el jugo de lucientes estrellas
y con los aromas intersticios de la aurora
componía canciones que hacían palidecer al mar.

Eríthacus, cuyo plumaje semejaba las vidrieras de Saint Chapelle en días en que la plaza del mercado parece un bosque con todo y sus abetos de chaquetines mostaza; convenidos en la gramatical zalamería que imprimen al reverenciar el trasero parlanchín de las muchachas, a la hora en que las palomas meditan las cláusulas subordinadas del participio pasado o el Zu del infinitivo, cuya partícula radical esponja las némodas clericales de una mitificación casi total, si no fuere porque el avecilla se pluscuamperfecta en un pasado indefido donde los amores trocan en suaves, aromosas pieles el áspero animal de hierro arisco.

D'esto y d'aquello el petirrojo
entre bosques
adolescentes piernas va jugando.
Hace aquí el hielo estructural,
allá el fuego sustanciado y sólo de la rosa
el quemador de espuma.

Se le vio cuando el relámpago semejaba el tetragrama
de la rosa en decúbito dorsal.

En ese entonces iba su inocencia de la mano con la ira de Dios
y se reconocían el Uno al otro y eran uno mismo bajo la
pertinaz llovizna de los sexos.

Y los animales prensiles silvestres y de fuego y el viento
a la silueta borrosa de las hojas
contra los cristales de la roca y el himen de la muchacha
aguarda peces de ojos endiablados.

Era su estar de tal quietud incontenible
que las palabras progresaron a la inversa de sus alas,
siendo imposible descubrir en cuál de todas
se escondía la embriaguez del petirrojo.

Por lo común, hanse ver el peto enrojecido entre las piernas juveniles de la arboleda.

Más arriba se escriben textos con grafías de los cuatro puntos donde la tierra aposenta el tímido fracaso de sus nalgas.

Todo transcurre en lo que el ojo descifra filacterias del follaje y los tranvías zigzaguean inquietantes por la callecita de la triple incógnita donde el café nos recuerda el aroma de las bragas pubescentes de la infanta.

De lo alto, como de un cielo coloquial,
la ornamentación de la rosa acude a los que son amores
bajo la palidez de las farolas,
amores que hacen feroces travesías en barquitos de papel,
amores como plaga de insectos, como zigzagueante trenecillo
de otro tiempo.

Por lo común, el peto enrojecido en la arboleda
hace de las bragas la traducción florida donde acecha
irreverente el petirrojo.

En ocasiones del petirrojo voraces plumas abren camino al
invernal
desdoblamiento de la rosa.

Eran así omnívoros. Furiosos insectos mostrábanse como a
la luz conviene.

En la arboleda el viento tiene la fuerza de mil enanos;
allá, las hojas cobran magnitud semejante a la mano de Dios.

Hay cierto aroma en este bosque de mirelifiques gitanos,
de signos que vienen poco más después del mar.

Aquí se oxidan los restos de pinos y abetos condenados
al impronunciado azul de las talofitas.

Aquí se congregan los ausentes que del corazón vienen
llorando furiosos cuchillos de colores.

De aquí las apacibles sombras de los amantes cruzan
indescifrables
señales en la hoguera.

En este bosque protegido por la contextual figura de la rosa,
fértil trino deja el carruaje de cristal del petirrojo.

Acallado y vuelto a la invertebral euforia de la rosa,
el petirrojo enfrenta con prestancia el indeciso vacío
donde respira Alto, el corazón del miedo.

Tenía de lo absoluto la razón paradójica del trueno
y el soñar de quienes engarzan al mar
escamas de sílfides y amores de rumiante espuma.

Entonces rompió sus alas contra las salientes
donde el instante conjuga el eco memorioso de las olas,
con pestífero aliento de bestias cabalísticas en realidad distinta.

Pacientosa la mano de los dones
ostenta en púrpura lo que el amor nos deja:
plumífera flor de perfumada cólera divina las caricias.
En lugar de corazón nos llena un hormiguero.

Cuando el petirrojo canta, el tiempo hace bromas acuáticas
y las cosas minúsculas crecen hasta los árboles.
Se alzan en doradas cuentas los finosojos de la hierba.

Cuando el petirrojo canta, muévase impasible el radiante caos
en la mano de Dios
y todas las líneas del alma se iluminan en la peripecia de sus gestos.
Despliega el polen sus élitros rítmicos al viento.

Cuando canta el petirrojo, el mundo se abandona vertical
al bamboleo celeste de las olas,
y el horizonte cuelga sus atavíos en las encinas de Basán.
Cruza dispersando azules sin tocar el mar.

Pero cuando calla el petirrojo...

Algo de absurda calladez tendrá el silencio.
Hémonos quedado más acá del simulacro colorido del tiempo.

Algo está moviéndose
y no es el constante reacomodo de las cosas,
el desgaste perpendicular del grito,
las palabras como rasguños en la superficie de los cuerpos;
la confusión arbórea
como cuando la mano de Dios penetra la rendija babeante de
la noche
y surge doliente la dimensión exacta de la voz.

Algo se deja oír
en la perfección sonora del petirrojo;
estremece,
se cae la lengua de imposibles ruidos.

Hémonos quedado aquí
en la distinción del absurdo y el silencio
que decolora la acuidad del viento.

Pienso en el petirrojo como el hueso de la tempestad
al final de un túnel atestado de gritos.
En la bendición de la triple alianza del hierro germina
infecunda la imagen del Centauro.

Pienso y no creo.
El tiempo es una apuesta perdida en el doblez de las hojas,
el sustantivo en medio de la confrontación de espejos;
un cometa en el iris sulfuroso de los gatos.
El gusano medidor en la garganta del mar.

Creo en el resoplo de metálicos delfines al hondo de
nuestra demencia,
en el azar que rechaza la singularidad de Dios
y nos indica la distribución del caos,
en el amor que apenas se percibe en las palabras como un
siniestro espantaje,
un daguerrotipo manchado de tulipán.

Entonces pienso:
Es la garganta gusano sustantivo que distribuye el caos:
resoplan los delfines el espantaje del mar,
se espantan las palmeras que rechazan a Dios,
los gatos sulfurosos trepan al doblez del tiempo,
germinan los cometas en la confrontación de espejos,
la tempestad es un amor manchado de tulipán,
un Centauro infecundo al final del túnel.

Mientras hablo, el tiempo teje brilladuras en las aguas,
los peces siguen el punto que a la luz conviene
y en suma ligereza el corazón semeja un continente hundido.

Mientras hablo, la cabeza de Dios es tímida criatura de colores.
Allá, la sangre de las vírgenes se mueve
entre la ola y la llama, por los tejados
el amor es un trance como de matriz parturienta:
el perfecto equilibrio, un profundo deslizarse
a la sublimada abominación del signo.

Mientras hablo, en otra parte alguien finge los pretextos del ahogado,
el apetito voraz de la mañana cuando pasa como un cadáver
en invierno
y nos saluda con su risa de gramófono, desmintiendo
la música inicial de la ternura,
una canción que nos recuerda el rostro de la multitud
deshojando flores.

Digámoslo así:

la cabeza de Dios es un continente hundido.

Las estrellas se asilan al borde de las hojas como una caricia
extraviada.

El petirrojo es una siberita que hace hablar la cabeza de un
muerto

al son de los tintinánulos del castaño.

—Decantad el agrio licor de las hiades en el caldero vertebral
del musgo
hasta que los cuerpos se dobleguen a los simulacros del aire.

Así, veremos al Altísimo como un clavo enganchado
en medio de la soledad y la locura. En la cabeza
el viento irrumpirá como una navaja cercenando la simiente
del sueño.

En fin,
un monstruo que amontona nubes y las derrama en todas partes.

Cuando el ojo amontona simulacros, florece
la rosa en la exacta geometría de su nombre.
Imitando gestos y actitudes, cogiéndole
la imagen un instante, se muestra el petirrojo.
Fabricador de hojas se confiesa al penetrar
la silente demencia de la lengua.

Ahora el sonido de las cigarras testimonia
el desprendimiento de las cosas, de tu corazón
que se muestra despierto como una eternidad
en cuyas aguas nadan exigüos animales
descarnados por el silogismo de la rosa.

Son como las formas de las cosas, las palabras
congregan, imposible hablar de lo que amamos.
Tantas letras juntas nos hacen deshabitados,
confrontan de infinito la indolencia de la piel:
un lucero que se miente a diario en la vasija
de agua desprendido; una cabeza nonata
que al mirarnos perfila los restos de la tarde.

Ahora el avecilla deja en pos de sí las alas de los árboles
volantes.

Las hojas anuncian el instante en oro de los duendes.
Un viento suave abre sus alerones grises, gira hábil,
el abismo tiene fauces de dragón y el filo de la cimitarra turca.

Allí, broncíneos pegasos comen polvo de las cuatro luces de
los cuatro seres celestiales de Ezequiel.
Allí ha caído de canto la moneda y el lance amoroso es un
guiño de espigas al costado.

¿Quién no libera furiosos corceles al hondo del corazón
cuando se hace decreto del olvido y de la devastación
cortadoras alas de la risa?

Alimentamos nuestras bestias con el odio de los dioses de
otro tiempo
y, al final de todo, siempre a su principio.

Estamos al fondo de la luz y no encontramos nada.
Sorprendemos al viejo Heráclito arrancándose las barbas
frente al río,
mientras la red se tiende sobre el viento
y una muchacha de piernas azules nos invita el pan y la sal
en el hueco de su ombligo
donde repite el prodigio de los dones.

Estamos al fondo y no encontramos nada.

Recuerdo mi cabeza junto a la fuente de la Cirenaica.
Sobre mis sienes los dioses decían obscenidades celestes en
voz baja
mientras el sol picoteaba semillas
bajo los hierros retorcidos del bosque.

En la concha de los párpados
practican los grillos su caligrafía persa:
“Yo también extraño el golpe de la eternidad”,
escribió alguno.

Entonces venía el viento y su manada de acémilas
salvajes a meterse en mi boca,
subían a los acantilados de la oreja
donde los caracoles limpian los bronquios del mar.

Qué iba a hacer,
si era sólo la vaina deforme de la memoria extrañándote
desde el infierno podrido de mi corazón
donde los pájaros bebían cosas trémulas y amargas
hasta caer en rotas, entorpecidas, palabras de ternura.

Qué iba a hacer,
Si era mi lengua extrañando el mordisco de tu sexo.

Ya ves del río sus árboles cansados,
sus ramas esmaltadas que habían sido nido de palomas y
gamos tímidos,
árboles de cabezas olorosas donde escanciaba
el petirrojo sus murmullos suaves.

Árboles donde las estatuas nocturnas vengan su propio crimen
como una procesión de niños castrados
pudriéndose en su dolencia.

Árboles repletos de insignias brillantes como un guerrero
manco

donde la luna se cubre el sexo con las hojas de un chopo.

Árboles con su arco de lince y de ciervo
ceñidos a mi pulgar como un ato de corderos.

Árboles instantáneos como una hodierna luz de otoño
por donde se llega a la juventud del río.

Árboles de azules rojos amarillos
que ocultan las cosas que el corazón nos niega.

Se movían las hojas
pero no era la eternidad la que temblaba
en tus senos como un petirrojo enfermo.

Y el pájaro era un ruidoso extravío de la soledad,
una fuente de laurel donde se pudren ángeles,
lechuzas, locos y mariposas del tamaño de niños.
Una lengua alimentándose de escorpiones sobre la hoja en
blanco,
unos labios sellados por la cicatriz del agua.

Era el petirrojo
la huella que deja un abrir y cerrar los ojos.

Esta primera edición de *Las formas de ser gris adentro* fue impresa en los talleres de Editorial Praxis, Vértiz 185-000, Col. Doctores, Del. Cuauhtémoc, 06720, México, D.F., en septiembre de 2001. La composición tipográfica se hizo en Times New Roman de 24, 12, 11, y 8 puntos. El tiro, sobre ahuesado de 37 kg, es de 1,000 ejemplares. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Carlos López.



ISBN 970-682-086-8

